SU PASIÓN ERA
el fútbol

Autoría: Fernando González Santos
Inspirado en: Alonso

HISTORIAS PENDIENTES: Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado en Colombia

Su pasión era el fútbol

Autoría:
Fernando González Santos

Inspirado en la historia de Alonso

ISBN:
978-958-52723-3-0

© Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia (COALICO)

Su pasión era el fútbol

•Inspirado en la historia de Alonso•
Por Fernando González Santos

Si hay algo que doña Carmen recuerda de Alonso son sus travesuras, fue el más inquieto de los hermanos que habían nacido hasta el momento y de los que vinieron después. Cuando comenzó a gatear, tocaba estar pendiente, pues lo que encontraba se lo echaba a la boca, podía ser un ciempiés, una hormiga o un cucarrón. Diseñaba carros, les hacía huecos a los potes que recogía por ahí y con tapas de gaseosa les armaba las llantas. Desde pequeño ha sido muy cariñoso, donde quiera que esté siempre manda besos a su madre, la colma de abrazos y se despide con bendiciones.

Antes de los tres años le dio por ir a la guardería, él mismo buscaba entusiasmado el uniforme y la maleta; un día se puso a llorar, dijo que no quería volver y simplemente continuó aprendiendo con los prodigios de su entorno. Ya no comía de esos animalejos que se encontraba, pero sí corría y jugaba a lo largo y ancho de la casa que tenían en Campo Dos, un caserío que surgió después de que la Colombian Petroleum Company instalara su campamento en 1937, ubicado en la vía de

los vehículos que van hacia el municipio de Tibú, en la región del Catatumbo, Norte de Santander. Alonso nació en un sector llamado Pata de Gallina; la casa en la que creció tenía una pieza pequeña, un solar grande, una cocina con gas natural y con estufa de leña, el suelo de la sala y del comedor eran de tierra. Poco a poco fueron sorteando la pobreza con la compra y venta de las bestias que negociaba su padre en la plaza y con los pocos recursos que recibía doña Carmen por sus costuras.

Dice Alonso que su trabajo con la Fundación Creciendo Unidos desde hace quince años fue el resultado de lo que vivió de joven. Somos diez, cuenta él, entre hermanos y hermanas. Tengo muy presente lo que ocurrió en Tibú y en La Gabarra del 98 al 2000, de allá salimos en el 2007. Después de Campo Dos tuvimos fincas grandes, sembrábamos yuca y plátano, en los predios de al lado había cortes de coca, pero nosotros teníamos marranos, vacas y pollos. Usted sabe que cuando entra esa gente con armas, comienza a mandar, podía ser el Ejército, la guerrilla o los paramilitares. La verdad, papá decidió que nos fuéramos por el tema de la violencia, prácticamente regaló la tierra.

Doña Carmen comenta que para lavar ropa en la casa de Campo Dos, muchas veces le tocaba ir a las casimbas, como se les llama a los pozos de agua. En esa época aún tenía en su vientre a Ramiro. Como ella misma afirma, en más de una ocasión la vimos cerquita. Una noche sonó un gran estruendo, nos levantamos inmediatamente y nos re-

costamos contra la pared, lanzaron gases lacrimógenos, explotaron bombas. Las balas cruzaban de lado a lado. En el patio teníamos unas gallinas, ahí cayeron muchas balas, pasaban bajito los aviones, algo impactó contra la pieza en donde dormíamos. Mi esposo salió y mojó un trapo para que yo me lo pusiera en la nariz y evitara aspirar ese gas químico, tenía ocho meses de embarazo. El bebé brincaba dentro del vientre, como a quererse salir, en la colchoneta en la que yo acostaba al otro niño quedó incrustado un pedazo de teja, si minutos antes no nos hubiéramos parado de allí, nos habría caído esa bicha encima. Esto ocurrió en el año 96, porque Alonso nació en el 93 y la otra niña casi seis años después. Antes, la guerrilla atacaba al pueblo a tiros, gritaba consignas y salía rápidamente. Apenas escuchábamos la primera ráfaga corríamos a encerrarnos en las casas o nos metíamos en cualquier hueco, luego llegaba el Ejército, hacía un recorrido y averiguaba lo que podía. Pero ese día fue espantoso, no sabíamos dónde escondernos. Tiempo después decidimos irnos a una finquita más arriba, duramos dos meses, también nos tocó salir y ubicarnos en otra. En Campo Dos sucedieron demasiadas desgracias.

La adaptación fue difícil, dice Alonso, uno sale muy afectado del conflicto armado. Cuando entré a estudiar al colegio público me producían miedo demasiadas cosas, desconfiaba de las personas que se me acercaban, andaba ensimismado. Pero el apoyo de la Fundación al llegar a Cúcuta fue importante, el de Vicente, el de Reinel y el de todo el grupo.

Asistí a varios talleres de derechos humanos y viajé algunas veces a Bogotá para contar mi experiencia. Logré terminar mi bachillerato, hice un curso de auxiliar de enfermería, otro de panadería y repostería. En el 2015 me dio por entrenar fútbol y dirigir equipos; el año pasado obtuve el título de Técnico Profesional en Programas Deportivos del SENA. Y pues se dio la oportunidad de dirigir acá en México, en la liga semiprofesional del sector amateur, concretamente en el estado de Veracruz, que tiene 244 municipios, más grande que Norte de Santander. Ahorita estoy dirigiendo el equipo sub-19, el objetivo es hacer una buena presentación en la liga regional, que es la que da el cupo al Torneo Nacional Sub-20. Yo diría que estoy adquiriendo más conocimientos, aprendiendo y enseñando, como todo en la vida. Solo que uno no olvida su pasado.

Ramiro nació en el mes de abril. Antes de salir del pueblo corría el rumor de que los grupos armados habían pasado a la Gabarra y que luego llegaban a Campo Dos. Aún doña Carmen tiene presente aquel 7 de agosto de 1998, en esa ocasión incursionaron los paramilitares. Me levanté muy temprano a preparar el desayuno y me entró un presentimiento de que algo iba a pasar. Me acercaba a la cocina, miraba las ollas, volvía y caminaba con esos nervios pa allá y pa acá, temblaba, me asomaba por la ventana. Cuando mi esposo se levantó, yo le dije: "Mijo, no sé qué irá a suceder, pero tengo mucho miedo, no quiero quedarme aquí". Y él me dijo: "¿Por qué no va y se queda donde Irma?", una

hermana que vive más abajo. Yo le respondí: "Eso es como cambiarme de pieza, usted sabe que esa gente se mete y revisa cuanto rincón encuentra". Él tenía planeado ir esa mañana a San Martín, pisar un negocio con la venta de unas bestias y quedarse allá, pero al final regresó pronto. Estaban muy pequeños los pelados, Nancy, Emerson, Wilson, Alonso, Mariela, Ramiro y Yadira, que tenía tres meses; el finado Orlando ya no vivía en la casa. Salimos a esperar la buseta que va para San Martín y nos fuimos a donde un primo de él. Guardé las cositas de más valor en cajas y las dejé en la casa de una vecina: el televisor, la máquina de coser y la ropa buena.

Esa noche robaron, sacaron a las familias de sus viviendas, saquearon lo que encontraron, robaron plata en efectivo, mercado y hasta lociones. Arquearon la puerta metálica de nuestra casa a culatazos. El vecino de al lado les dijo: "Es que ellos no están, se fueron donde un familiar a trabajar en una finca de arriba". Al otro día bajaron a unos muchachos de la buseta que se dirigía hacia Cúcuta, unos cuantos salieron corriendo y cogieron para el monte por puro miedo; a nosotros nos contaron que se habían metido al pueblo, que reunieron a los pobladores en el parque y les hicieron advertencias sobre los apoyos que deberían brindar, por las buenas o por las malas. En esa ocasión no mataron a nadie, pero volvieron más de una vez. Se llevaban personas de las que jamás se volvía a saber. Con los niños chiquitos y las poquitas pertenencias que teníamos, empezamos a ir de finca en finca y de rancho en rancho.

Los trece años de Alonso se los celebraron donde su abuelo en Cúcuta, quien también había sido desplazado de Puerto León. Atrás quedó la naturaleza, los juegos de infancia y la zozobra que provoca la guerra. Ahora le rodeaba la incertidumbre de un joven que le temía a las esquinas, a los edificios y a las segundas intenciones de quienes se le acercaban. La Virgen de Campo Dos lo seguía acompañando, a ella se había encomendado con sus seres queridos durante muchas noches de terror. Alonso conservaba el temple campesino que adquirió desde el instante en que se dieron a la tarea de limpiar de rastrojos las tres hectáreas que compró su padre en su primera travesía luego de salir de Campo Dos, muy cerca de un caño que les abastecía de agua pura.

Cortaron árboles enormes, hicieron quemas, abrieron huecos profundos, cargaron hojas de esas que tienen de largo como seis metros, armaron varas, cercaron, aserraron tablas y construyeron la casa. Se afirmó el suelo con unos pisones hasta que estuvo lista la pieza y la cocina. Alonso logró compaginarse tanto con la naturaleza que empezó a tener nuevas percepciones y hasta a descifrar señales de dimensiones que para los demás resultaban irreales. Al cabo de un tiempo nació Yadira y luego Emerson. La abnegación del padre, don José Pérez, los llevó a un nuevo plan: hacer otra casa donde el sol cayera más de frente; esta vez la construirían con tejas de zinc. En ese lugar le ocurriría a Alonso uno de los episodios más extraños de su vida.

Eran cerca de las cinco de la tarde, comenzaba a oscurecer, la hermana de Alonso se metió a bañar con la hija de la vecina, él se alejó como unos quince metros en la misma dirección del caño y al sacar su cabeza del agua escuchó un

llanto estremecedor. Ni siquiera supo cómo llegó a la casa. Ya adentro de la pieza trataba de explicarles a quienes estaban a su lado que una voz le decía: "¡Salga! ¡Salga!". Yo no resistía, cuenta Alonso, salí corriendo, miré para el cielo y observé un águila negra que descendía rápidamente, se me acercó y de un momento a otro entró por mis ojos. Sentí que quería despedazarme. Mi hermana lloraba, la vecina también, la tabla de la mesa que estaba en el centro quedó aruñada por todas partes. Me sentía gigante. Cuando lograba reaccionar, exclamaba: "¡Ay Dios mío! ¿Qué es esto?". Pero luego volvía la agitación y les advertía: "No se me acerquen porque los despedazo". Me pusieron enfrente escapularios, me dieron limón y no sé cuántas cosas más. Era un viernes, el sábado en la noche le contaron lo ocurrido a mi papá, apenas llegó me puso una vela bendita debajo de la hamaca y yo sentía que me quemaba, el árbol de afuera se movía de lado a lado. A la mañana siguiente apareció una palabra marcada en mi mano. Esa voz chillona, que ya sentía dentro de mí, me susurraba al oído que si necesitaba algo solamente debía invocarla.

En el campo el misterio es excesivamente evidente, el entorno está lleno de sorpresas y los animales hacen parte de la vida familiar, no son solo compañía, sino que además cuidan la casa y ayudan con el trabajo. Yo tenía en la finca un marrano y una marrana que eran como mascotas; a Paco, el marranito, lo crie desde que tenía quince días de nacido, cuando creció nos montábamos encima de él, lo bañábamos y hasta jugaba con nosotros, pero como el Ejército no dejó subir mercado durante un mes, tocó matarlo para comer varios días, con yuca y plátano, que era lo que abundaba. Ese día lloré como si hubiera muerto alguno de

mis familiares. Durante varias semanas tuvimos que cortar caña y pelarla para sacarle la miel, la poníamos a hervir y esa era la sobremesa. Sal había porque la comprábamos por bultos, el arroz lo recogíamos y lo raspábamos a mano, lo pilábamos, le sacábamos la cascarita y quedaba blanco. Así lo hacían en la época de niñez de mi papá. Ocho meses después, la marranita corrió con la misma suerte de Paco, pues la guerrilla hizo un hostigamiento muy cerca y otra vez el Ejército prohibió la subida de alimentos.

La situación nos obligaba a cazar, teníamos una perrita muy sagaz que se llamaba Chocolata, la llevábamos a una montaña y llegábamos con dos o tres bichos que preparábamos en la cena. Chocolata tenía un olfato increíble, se acercaba sigilosamente a la madriguera de las lapas de monte, de esas que son pintaditas y que ante el calor se esconden en los caños para refrescarse, hoy están en vía de extinción, las llaman también armadillos. Nosotros les metíamos humo y una varita, escarbábamos lentamente, la perra se metía, de un momento a otro las mordía, no las dejaba correr y ahí las agarrábamos. Cierto día, Chocolata se le fue encima a un animal parecido a un oso hormiguero de uñas grandísimas que le lanzó sus garras y le sacó un ojo, la enganchó por el cuello y la mató. Durante muchos días no paramos de llorar por nuestra cazadora.

Yo vengo a ser el sexto de mis hermanos, los mayores trabajaban con mi papá. Más pequeño, de unos siete años, me llevaban para que les sirviera el agua, si se quedaba el termo, me mandaban a que se los subiera; en otras ocasiones, cuando sembrábamos yuca y estaba alta, yo ayudaba a limpiarla. A veces, por andar jugando, dañaba los palos, les daba machete, mi papá me regañaba, pero menos mal no se morían, al poco tiempo retoñaban. Nunca llegaron a pegarme. Ni siquiera el día en que nos pusimos con mi her-

mana dizque a construir una casita para los dos, estábamos cortando la horqueta de la puerta, ella se me metió y con el machete le corté la cara por accidente, aún tiene la cicatriz.

Cuando mi padre vio eso, gritó consternado: "Este chino hijuemadre me mató a la niña". Me correteó un trecho largo. Le había agarrado la ceja, el cachete y la parte donde inicia el labio. En las reuniones familiares contamos una y otra vez estas anécdotas en medio de burlas. Como a los tres meses de aquel incidente, el Ejército nos decomisó la comida, tuvimos que ir a cortar mucha caña, nos gustaba masticarla y chuparle el dulce, en una de esas mandé el machetazo y sin darme cuenta le volé el dedo índice a mi hermano, le quedó colgando en el cuerito, muy asustado se lo presioné con un trapo y el berraco dedo le funcionó. Mi hermano ahora tiene veintiún años, puede moverlo sin problemas, solo que le quedó un poco más grueso. Aunque en algunas otras fincas cultivaban coca, nunca nos dio a nosotros por meternos ni en la delincuencia ni en la droga, pero varios vecinos ingresaron a los grupos armados, se sabía que morían de paludismo o en algún combate.

El Ejército empezó a frecuentar con mayor intensidad la zona, los cultivos de coca se multiplicaron, la guerrilla intentaba controlar el territorio, pasaba por las casas, escogía jóvenes para reclutarlos en calidad de milicianos o de infiltrados, les obligaba a dar informes sobre los movimientos del otro bando. El EPL y las FARC ingresaron por los lados de Ocaña y Filogringo, que es un corregimiento que queda como a tres horas, hacían patrullaje en busca de fincas en las que se pudiera sembrar coca, incitaban a que solo se cultivara la yuca necesaria para el consumo de los obreros. Mi papá, por ese entonces, tenía una hectárea de plátano sembrado, cerca de dos mil matas de caña, media hectárea de yuca y maíz. Un día se produjo un fuerte combate, al cabo

de un rato llegó un grupo como de veinticinco guerrilleros, según decían, pertenecientes al frente 43 de las FARC, traían en un guando a una muchacha joven, mona y blanca, con una herida de fusil en el pecho. Nos pidieron agua dulce y panela, prácticamente tuvimos que darles lo que teníamos para el mes.

En el año 2000 hicieron presencia Las Águilas Negras, empezaron a matar gente sin piedad, a las mujeres embarazadas les sacaban los niños, a otros les arrancaba las uñas. Cuando llegó a la presidencia Álvaro Uribe Vélez se incrementaron las fumigaciones con glifosato, los animales tomaban agua y se morían, cientos de lagartijas, sapos, culebras y muchos otros animales quedaban moribundos en los caminos. Las arboledas fueron convirtiéndose en desiertos. Varias chicas a punto de dar a luz perdían a sus bebés. La primera fumigación, sobre todo, fue horrible. Al tiempo, los paramilitares llegaban con la cara tapada, ya traían información, asesinaban, torturaban y desaparecían personas sin contemplaciones; mencionaban que eran órdenes de Carlos Castaño. Asesinaron familiares cercanos a nosotros, desaparecieron a un tío, el caso sigue en Fiscalía, hace dieciocho años no sabemos nada de él. Da pavor cuando la violencia se convierte en una noticia que pasa de boca en boca cada día, "que a ese lo mataron por vicioso", "que aquel otro murió en una plomacera", "que el vecino no regresó", "que a unos raspadores de coca los dejaron muertos enfrente de los chiquitos de diez años que trabajaban con ellos". Algunas veredas ya hasta el nombre perdían porque quedaban totalmente abandonas o porque sus habitantes

eran desplazados en medio de masacres que no quedaron registradas en ninguna dependencia. El conflicto armado desatado décadas atrás por las ideas políticas, comenzó a mezclarse con el negocio del narcotráfico.

Como dice don José, lo más duro es ver que poco a poco uno se va volviendo anónimo en el pueblo donde nació. Yo soy de Sardinata, pero igual que en Campo Dos, nos tocaba ser sordos, ciegos y mudos, el Ejército se hacía pasar por guerrilla, la guerrilla por paramilitares y los paracos por cualquier otro grupo, usted no sabía ni con quién trataba, no podía fiarse del brazalete que portaban. En la época que aún vivíamos allá, llegué una mañana a Las Mercedes a comprar unos aperos, pues yo fui por mucho tiempo amansador de bestias. Después de comer nos sentamos con mi hermano en el parque a fumarnos un cigarrillo, tres muchachos se quedaron mirándonos por un rato y luego se alejaron. Enseguida le dije a mi hermano: "Nos figuró la madrugadita porque aquí ya no hay gente que nos conozca". Mi familia se había ido, Rogelio Pineda y José Aguilar, amigos cercanos, no vivía en el pueblo. Y dicho y hecho, de pronto nos vimos rodeados y encañonados. Solo que un chino oriundo de Campo Dos se quedó mirándonos y les dijo a los que nos apuntaba con sus fusiles: "¿Estos son los paracos? Más paracos ustedes, esa gente anda negociando, trabajando, no se mete en nada". Así que nos saludaron, ofrecieron disculpas y se fueron. Si ese chino no aparece del cielo, hasta nos hubieran pelado.

No hemos vuelto, las condiciones no se han dado, queda con uno el ejemplo que le pueda dar a la familia. Todos mis hijos han sido trabajadores. El más flojito ha sido Alonso, le gusta ganarse la platica fácil. Tal vez porque tocó traerlo pequeño, pues cuando estábamos en la finca, eso sí para qué, le gustaba sembrar yuca y caña, cargaba hasta las fumigadoras, pero llegó a Cúcuta y comenzó a gustarle la calle. Los otros son todo terreno, cuando estaban haciendo las casas modelo en esta parte, llegaban con las manos ampolladas de hacer huecos y meter tubos. Hoy en día los buscan para trabajar y quienes los contratan quedan amañados con ellos. Yo les decía desde pelados: "Mijos, para tener las cosas hay que matarse, si le van a ayudar a alguien, ayúdenle bien, no se hagan los majaderos".

Mi esposa estaba enferma, por eso se vino adelante y no volvió a bajar. ¿Qué hice yo? Bregar a salirme de allá y traerme a los otros chinos. Llegué también con una enfermedad, me metí a trabajar en construcción porque no había más; en las tardes me bajaba sangre por cálculos en el riñón derecho, en la misa trataba de arrodillarme y caía sentado. Intenté un montón de recetas y nada, probé el melón con agua de coco, los primeros tres días a mí me hacía llorar el tal remedio, creí que iba a quedar inválido. A los dos meses me mandé a hacer una radiografía y el médico preguntó: "¿Usted qué tomó? Solo tiene arena". Yo le dije: "Pues doctor, las pastillas que me dio usted". Él muy serio me respondió: "Deje de ser mentiroso que esa pastilla es un calmante". Ahí lo dejé con la inquietud, no le expliqué nada más. Me alenté, pero se puso duro el trabajo, a uno le hace falta la letra, especialmente escribir, la verdad es que para conseguir algo aquí en Cúcuta es arrecho.

Me fui a Chinácota a administrarle la cabaña a un man de la DIAN en la que se hospedaba pura gente del Gobierno, salían unos y llegaban otros, tocaba estar muy pendiente de la piscina, de los perros, del portón, de la loza, de los tendidos. Meses después me salió una finca por Durania, también para administrar, duré casi un año. Estuve como celador unos años en el sector que llaman La Sexta, a comer bombillo, como dicen. Era muy peligroso, salían gamines en la noche, se oían ruidos, hasta cruzaban espantos. Siempre tengo presente la idea de regresar a mi tierra, arrancar con los hijos y nuevamente trabajar con los animales, la guadaña, el sembrado.

En ocasiones la vida es injusta, hallarse en un lugar sin plata ni trabajo, sin con qué pagar arriendo, es insoportable. Nosotros teníamos yuca, plátano, caña, marranos, buenas gallinas, hasta un río con peces y animales de monte. Los huevos los sacábamos sin problema, matábamos un pollo y teníamos un sancocho delicioso, agarrábamos la atarraya y traíamos lo de dos días. Aquí, como le digo, todo es comprado. Un día al entrar a una tienda me dieron ganas de llorar; al ver lo que vendían me acordé de que antes bajábamos plátanos grandes como el brazo de uno, los zorrillos terminaban comiéndoselos. Esa vez me cobraron quinientos pesos por unos guineítos pequeñitos y chuecos que no alcanzaban ni para el almuerzo.

Yo me pongo a pensar en que la persona del campo sufre mucho al estar en la ciudad, más a esta edad, porque ya para aprender modales y estilos de vida es complicado. Lo mismo ocurre con quienes se van de la ciudad al campo; están acostumbrados al ventilador, no logran adaptarse al sol, se les queman las costillas; además de las picadas de

los zancudos, las hormigas y las avispas. Es difícil, vaya usted a amarrar un burro, a llevar la comida al corral, a lidiar con un ternero. Hasta los perros de la ciudad son distintos a los del campo. Lo cierto es que usted allá los víveres se los puede comer frescos y limpios, acá un tomate ya está manoseado y atestado de químicos. Aunque nunca serán tan frescos como en el tiempo de antes, cuando uno era joven o cuando me casé.

"De la casa salgo casada, *enmozada* no", dijo doña Carmen cuando don José le propuso que se fueran a vivir juntos. Era la única hija mujer y así le fuera mal o le fuera bien, su ideal era contraer matrimonio. Decidieron casarse en El Carmen, cerca de Sardinata, la ceremonia la ofició el padre Ortiz. El día de la boda llovió toda la noche, las dos quebradas que pasaban por ahí estaban muy crecidas, las tres personas más guapas para el agua ayudaron a pasar a las demás, no habían podido ir los padres del novio, pero sí sus hermanas Benilda, Margarita, Ramona y Ligia, además de su hermano Aurelio.

Los padres de la novia estaban presentes y pendientes de los preparativos. Los músicos que vivían en la parte de atrás llegaron puntuales a la fiesta, otro guitarrista quedó atrapado en la creciente. Así que la celebración fue a punta de tiple, maracas y violín. Con ese trío se armó la parranda, no se escuchó ni una sola canción en la radio. Apenas sonó Julia, el tema de Jorge Velosa, la gente comenzó a bailar, vino luego *La cucharita* y, desde luego, *Por fin se van a casar*. Ni aguardiente ni comida les faltó a los invitados.

Doña Carmen y don José se fueron a vivir donde los padres de él, ya cuando no se entendían estuvieron unos meses donde los abuelos de ella, luego donde la madre y más adelante en una casa de sucesión, donde nacieron Nancy y Orlando. Los dos niños llegaron a este mundo con la tez blanca y los ojos azules. Por algunos problemas familiares y de vecinos, doña Carmen y don José decidieron irse a Campo Dos a iniciar una nueva vida.

Con la carta que les certificaba como una familia desplazada por el conflicto armado, se ubicaron finalmente en Cúcuta. Alonso se matriculó en un programa de aceleración que le permitía hacer varios cursos en uno para nivelar el bachillerato. Ese primer día de clase, con su actitud retraída, vio que había jóvenes de su misma edad, algunos provenían de zonas azotadas por la violencia como él y otros eran del sector de Atalaya; había varios sin estudios, ni siquiera con la primaria completa.

Al tiempo que cumplía con su horario escolar, se formaba en algunas actividades alternas, hasta que consiguió trabajo en una panadería en el centro de Cúcuta. Ya después vino el vínculo con la Fundación Creciendo Unidos. Alonso logró terminar su bachillerato y en el 2016 se fue a trabajar a una empresa de procesamiento de alimentos. Se enamoró perdidamente de una chica con quien tuvo una hija que habría de ocupar el centro de su corazón, pero dos años después su pareja decidió irse con otra persona. Su historia había cambiado vertiginosamente en poco tiempo. Sintió de pronto que lo vivido le distanciaba de los caminos que alguna vez le unieron con sus hermanos. Ellos aún con la añoranza volver al campo y él con la memoria revuelta, pero tentado por la dinámica barrial que le llamaba a lo nuevo y le invitaba a la exploración de otras aventuras.

La percepción de dimensiones desconocidas o poco evidentes no ha dejado de rondar el mundo de Alonso, como la de aquel día en que iba con un amigo por la avenida Sevilla en Cúcuta y divisaron a un muchacho en una moto que ya habían visto antes. Luego de detallarlo, Alonso le dijo a su amigo: "Desacelere porque ese pelado se va a matar. Vi a alguien que iba detrás y lo alcanzaba". Lo alucinante es que hasta se le vino la imagen de cómo iba a estrellarse. El muchacho avanzó a toda velocidad, les tomó mucha distancia y minutos después, cuando llegaron a la curva, lo observaron tirado en la calle, una mula le había pasado por encima. Alonso le dijo a su amigo: "Mire que no tiene el zapato derecho, si una persona se accidenta y se le zafa el zapato, se muere casi que al instante o no dura vivo más de tres días". Había momentos en que Alonso le decía a la madre: "Mamá, estás así por esto y por aquello". Ella le respondía inicialmente: "No, mijo, ¿por qué?". Hasta que terminaba reconociendo: "Sí, está bien, es la verdad". A sus hermanos también les decía: "Ustedes no me pueden mentir porque yo lo voy a saber con solo mirarlos a los ojos".

En una de aquellas dinámicas que realizaban en el grupo juvenil al que estaba vinculado Alonso con la Fundación, la animadora dio la indicación de que se simulara una asamblea y que por grupos se enumeraran las necesidades que los adolescentes tenían. Para ello se nombrarían representantes y voceros. Unos decían que faltaba hacer viajes mensuales a pueblos turísticos; otros, que requerían aire acondicionado; otros, que más jornadas de esparcimiento; otros, que tardes de cine. Todas las propuestas las llevaron a cabo, ese era el propósito de la actividad, que lo dicho se volviera un hecho. En medio del ejercicio, Alonso se dijo a sí mismo: "Yo sirvo para esto". Surgió después la inquietud de

hablar de derechos y no simplemente de ideales, llegaron a la conclusión de que los adultos no podían siempre decidir por la juventud. A medida que avanzaban los talleres y los espacios de formación, aumentaba la discusión sobre la participación; más adelante tocaron el tema de las políticas públicas. Alonso, sin proponérselo, se convirtió en un líder de la localidad y la región.

Pero su pasión era el fútbol, comenzó a preocuparle la realidad de los niños y adolescentes que andaban en las drogas. "Si la Fundación y la gente me brindaron un espacio para educarme, yo debo corresponder", pensaba Alonso. Noté que también a los jóvenes les interesaba el deporte. El viernes íbamos a la cancha a echar un partido amistoso, les gustaba apostar la gaseosa, pero por una entrada fuerte o una falta al rival se agarraban a puños, a veces nos tocaba salir corriendo porque esa trifulca se traducía en enfrentamientos entre quienes estaban con Atlético Nacional y quienes respaldaban al Cúcuta Deportivo. Muchas veces sacaban armas. Me impresionó el caso de un chico que intentó quitarse la vida porque su novia lo dejó y su papá le dijo que tenía que trabajar, que no iba a sostener vagos. El pelado gritaba: "Yo no valgo nada, es que mi mamá dejó a mi papá, estamos muy mal, no quiero vivir esto. Yo me quiero es ir al Ejército porque aquí no hay en qué ocuparse".

El Cúcuta Deportivo es del oriente colombiano. En el 2007 se forma la barra del Atlético Nacional en esa ciudad, a raíz de la Copa Libertadores de América. En pocos años Cúcuta se llena de hinchas y el consumo de drogas se intensifica. Ese grupo se hace llamar "Los Del Sur". Fijo había tropel, ganaran o perdieran. Son la banda, la avalancha, la tribuna, sus integrantes tienen tatuajes con el escudo del equipo,

llevan el ego a flor de piel. Se volvieron comunes las riñas, los malheridos y los muertos. Los barristas de la comuna del Cúcuta no podían pasar a otra comuna; de un lado y del otro del territorio cada quien vende su droga y maneja su zona. En una parte, los de La Libertad, en la otra, los de Atalaya. Las normas que se imponen hay que cumplirlas.

Las barras tienen sus instrumentos, componen canciones con ofensas hacia el equipo contrario: "Aguante zapatero", "Los del sur son unas locas", "¡Maricas! Los vamos a coger". Cuando estos hinchas van al estadio son custodiados por la Policía, de un momento a otro se arman emboscadas, empuñan cuchillos, salen con machetas por las calles, les dan golpes a las puertas de las casas, rompen vidrios. Pero la respuesta al comportamiento de los chicos es brutal, aparece la denominada *limpieza* social, se escuchan disparos a lo lejos, surgen las versiones: "que mataron al Gato", "que hirieron a la Rata", "que al Zancudo lo detuvieron". El caos se extiende, la intimidación invade los sectores periféricos de la ciudad.

De ese calibre eran las problemáticas que tocaba afrontar. Propusimos partidos amistosos donde se debía respetar las reglas, independiente de los resultados, y se ponía la condición de que nadie podía drogarse durante el juego. Hablábamos con los muchachos de sus problemas, tratábamos de bajar la ansiedad, las sensaciones de rabia y de venganza. Era un trabajo arduo, pero buscamos que el deporte fuera una terapia y no una confrontación más en la vida cotidiana de aquella juventud sin oportunidades ni alternativas.

El tratamiento de situaciones tan complejas como esas hizo que me interesara profesionalmente en psicología deportiva. Hay que aprender a manejar la mente, la psiquis, controlar el estrés y el sueño. Ahora trabajo mucho el acondicionamiento físico, pues si el jugador no se recupera bien, se altera la frecuencia cardíaca; si sus pulsaciones suben más de lo normal, le pregunto qué es lo que le trasnocha; si noto que está tomando trago en exceso, le pregunto el motivo. Los patrones de comportamiento normalmente provienen del estado emocional de los deportistas.

En ocasiones recurro a la escritura, les sugiero a los integrantes del equipo que escriban en una hoja la manera como les gustaría que fueran los entrenamientos, pero también lo que quisieran hacer con la familia, con los amigos, con la novia; que expresen lo que no les está gustando de su cotidianidad, lo que les molesta y les distrae. Hago diferentes ejercicios, por ejemplo, les presento tarjeras con colores: amarillo, azul, rojo, verde, naranja. Les pido que cierren los ojos, al abrirlos les nombro un color y les muestro otro, ellos deben pronunciar el color que ven sin dejarse llevar por la voz. Esto ayuda a que la persona piense más rápido. El juego supone un alto grado de concentración. Como todos los seres humanos, las presiones de los jugadores vienen del ambiente familiar, de los dramas sentimentales, del entorno laboral.

En el entrenamiento, cuando siento que un jugador tiene alguna tensión, le digo: "Quítate los zapatos y conéctate con la energía del pasto". O cuando noto sus miradas dispersas y el semblante opaco de sus parpados, les indico que troten sin medias para bajar la energía negativa. Hace veinte días llegamos a entrenar y percibí algo extraño en el muchacho que juega como volante. Le dije al grupo: "Muchachos, vamos a darle la vuelta a la cancha en el minuto doce", pues comúnmente se da en menos de un minuto para medir la frecuencia cardíaca, que no puede elevarse más de 1:45 o 1:50. Viene luego el minuto de recuperación.

El muchacho trotó y bien, pero cuando le coloco el dedo sobre la carótida para tomarle las pulsaciones, veo una sombra oscura que rodea su figura, entonces le pregunto: "¿Estas bien?". Empiezo a contar uno, dos, tres, cuatro, y el chico se me desmaya en los brazos e intenta convulsionar; un muchacho sano, de esos que por partido se marca dos goles y aguanta los noventa minutos sin fatigarse. El todo es que inmediatamente sentí en mi brazo un jalonazo, claro, era un ataque de ansiedad, se sentía el fuego de su emoción. Permaneció así como tres minutos, mandamos a traer Coca-Cola para subirle el azúcar, lo puse a caminar y a trotar descalzo, después le hice una terapia de recuperación. En el partido del sábado siguiente no lo metí. Al comentar y reflexionar con el equipo, le insinué que había algo de su pasado que estaba interfiriendo en su rendimiento. En un momento dijo: "Yo sentía que me moría, que algo me tiraba, vi un túnel, pero escuchaba las conversaciones agitadas de mis compañeros y las palabras del profe en las que me decía que reaccionara". Con el trote descalzo logró bajar la ansiedad, efectivamente algo que le venía ocurriendo lo tenía agobiado. Después profundizamos en la situación por la que atravesaba.

Todo es energía: las personas, las cosas y la naturaleza. Hay un lenguaje más allá de lo inmediato que no terminamos de conocer. En el campo existe un pajarito que hace un cántico bastante raro con su pico rojo, es pequeñito. Cuando llega a la casa es porque un familiar o un amigo cercano fallece. Al oírlo, mi mamá dice: "Que Dios tenga piedad de esa persona que va a morir, ojalá la lleve en su santa gloria". Y tristemente, al poco tiempo, llega la noticia. Lo llamamos "El pájaro de la muerte". Allá aprendíamos a reconocer esos signos ancestrales que en las ciudades se van como desvaneciendo porque lo material y lo pragmático invade la cabeza y los sentidos. Trato de integrar en lo que hago los saberes de los lugares en que he estado. Al fútbol lo veo de una forma sencilla, más que un deporte que nos aísla de los problemas de la vida puede ser un espacio que ayuda a enriquecer las relaciones en todos los ámbitos.

Aquí, en Veracruz, inicié como asistente técnico de un equipo que empezaba a formarse para la Liga Regional Sub-19, trabajamos fuertemente en la coordinación, el saque de banda y de meta, el movimiento y las diferentes posiciones como laterales, volantes y delanteros. En Centroamérica, el fútbol es más repetitivo, cualquier cosita la pitan, es también más lento, dejan pensar al rival. En Colombia tenemos muy en cuenta la presión, se asfixia rápido al otro equipo, los jugadores deben moverse con y sin balón, abrir el juego, marcar anticipadamente. Aquí marcan solamente hasta cuando al jugador le llega el balón a los pies. Puede decirse que nosotros venimos con una metodología de fútbol más analítica y rápida. Usted puede tener un técnico europeo, pero los jugadores colombianos piensan de un modo diferente a como piensan otros, aunque muchos estén en Europa, Suramérica o Centroamérica.

La función de un técnico es preparar deportivamente para que se tomen decisiones efectivas dentro del campo, colectiva e individualmente, que se identifique el momento justo en el que vale la pena hacer un remate al arco, una gambeta o una pared. El campo de juego se divide en espacios y en tiempos, pues si mido las distancias, puedo pensar la jugada uno o dos segundos más; si el jugador crea espacios, es más fácil quitar el balón y manejar la marca; si esto no sucede, el juego deja de ser progresivo, no va hacia adelante, hay que retroceder y se pierde la visión de juego frente al arco contario. Desde luego que es necesario reconocer cada perfil, hay jugadores que son más rápidos en el saque de banda, otros en el juego aéreo o quienes se desenvuelven bien con el balón a ras de piso.

En Colombia ya te están marcando antes de que llegue la esférica. Por eso ahora el futbolista de nuestro país juega en cualquier parte del mundo, pues es ágil, piensa rápido, mientras que aquí en México, el profesional es más lento. Ya estamos viendo frutos, hace unas semanas nos enfrentamos con un equipo de tercera categoría profesional, el más fuerte que tiene la Selección Norte, y le ganamos dos a uno. Estamos mejorando la estabilidad, la coordinación y la velocidad. Yo me propuse desde hace tiempito dirigir un equipo profesional a los veintitrés años porque creo que es una edad madura para hacerlo. Como dijo Jesús: nadie es profeta en su propia tierra. En ocasiones debemos salir para adquirir experiencias, para que cuando volvamos, la gente nos diga: "Lograste innovar y podemos aprender mutuamente".

Quisiera dirigir o crear proyectos nuevos en mi país, pero el Estado colombiano no da oportunidades a los jóvenes, no hay formación, educación ni empleo; solo nos ofrece violencia y guerra, y luego nos señala como causantes de la crisis. Para alcanzar las metas allá hay que hacer demasiados esfuerzos, terminamos jugándonos la vida para huirle a la muerte.

COALICO

Conformada por:

Proyecto:

Apoyado por:

@COALICO

@coalicocolombia

@COALICO

@COALICO